RESPUESTA A LA ESPERANZA DE LOS HOMBRES EN MATERIA DE TRABAJO

POR

JEHAN DE SAINT CHAMAS.

Los problemas del trabajo, las mayores esperanzas de los hombres en materia de trabajo, aparecen como un contrapunto de la cuestión de la salvación. Muchos socialistas lo han presentido, ya que sus proyectos presentan fácilmente esos problemas del trabajo bajo un aspecto mesiánico. En sus movimientos sólo se habla de liberación del hombre, salvación de la humanidad, futuro mejor, sociedad nueva, días venideros felices y del advenimiento del hombre nuevo.

Pero la estrecha relación que existe entre el trabajo y la salvación es precisamente la razón por la que el socialismo nunca ha podido dar respuesta al trabajo y nunca podrá responder a la esperanza de los hombres en materia de trabajo a pesar de sus promesas.

Pues lo que promete el socialismo son los beneficios de la re-religión sin la religión, los frutos de la civilización cristiana sin la civilización cristiana, el remedio para el dolor de los hombres sin los medios del remedio.

La historia del trabajo de los hombres nos da muchas lecciones.

La primera es que, desde el comienzo, sólo la civilización cristiana ha sabido dar respuesta a las preguntas formuladas por el trabajo; y que ha sido y sigue siendo la única inspiradora de los progresos sociales, de la mejora del trabajo, de la promoción y de la paz social.

La segunda es que cualquier otra inspiración, cualquier otro camino y, sobre todo, el camino socialista, se ha mostrado incapaz de conseguir algo. Mil veces se hicieron promesas, se elaboraron proyectos para promover progresos parecidos a los del cristianismo. «Mil veces fue evidente el plagio, mil veces el fracaso manifiesto».

La tercera es que los medios, que permiten promover cotidiana-

Fundación Speiro

mente los progresos reales en la vida del trabajo, no son de orden económico sino político. Son los que harán triunfar nuestra acción para ahuyentar el mito socialista.

A nuestro amigo Luis Mauger le gusta recordar que la historia del trabajo empieza en el paraíso terrenal. Veis que estamos a tono; esta verdad se aferra al corazón de los hombres; por eso las propagandas hablan de los paraísos socialistas.

Es un drama clásico en cinco actos.

Primer acto: «Dios coloca a Adán en el paraíso para que lo cultive».

La ley del trabajo es la del hombre mucho antes de que, convertido en pecador, sienta dolor por ello.

«Pues, trabajando, perfecciona en sí mismo la imagen de Dios», señala Pío XII. Pues el mismo Dios trabaja incesantemente, escribió San Vicente de Paul. Trabaja desde toda la eternidad en su interior; no cesa de trabajar por la conservación de este gran universo. Además, Dios trabaja con cada criatura particularmente. Trabaja con el artesano en su taller, con la mujer en su hogar ...

Por su trabajo el hombre se hace, en cierto modo; sus facultades encuentran su ejercicio y desarrollo. Su memoria se enriquece de experiencias, su inteligencia de conocimientos y juicios; su voluntad descubre y crea objetos dignos de su amor y admiración.

Incluso antes de aparecer como el medio necesario para cubrir las necesidades materiales, el trabajo se concibe como una dignidad, un honor, un progreso del ser, un enriquecimiento.

Segundo acto: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente».

He aquí, enlazado, el drama de la condición humana, el del trabajo, al drama de la salvación.

El dolor de los hombres y la escasez de las cosas preceden al honor del trabajo y el desarrollo de los talentos.

Cierta filosofía del trabajo va a dominar casi todo el mundo antiguo y se perpetúa en el tercer mundo.

Es una filosofía pesimista.

El trabajo es considerado como una esclavitud, es el fruto de la dominación del hombre por la naturaleza hostil. Por eso, se deja para los seres inferiores, las bestias de carga, los esclavos, las mu-

Fundación Speiro

jeres, los idiotas, los parias, pues es la obra de la condición servil. El hombre libre, él, el ciudadano, el que lleva la toga, el que diserta sobre el ágora o permanece sentado en las puertas de la ciudad, el hombre libre, no trabaja.

Sin duda, algunos sabios intentaron rehabilitar el trabajo. Hesiodo escribió «Los trabajos y los días» y Virgilio «Las Geórgicas». Pero Vulcano, el dios de los trabajadores, repulsivo y cojo, no tiene derecho a permanecer en el Olimpo.

Plutón relega a los trabajadores al último rango de su República, ¡ya entonces socialista!

Si Roma honra durante algún tiempo las virtudes laboriosas del soldado trabajador, pronto el ideal del hombre superior se convierte en el tiempo libre llamado ocio. «*Deus nobis haec otia fecit*» contra Virgilio. El destino nos procura el tiempo libre para pensar, mientras que el trabajo, el comercio, *nec otium*, es la obra de los que no «*estén ahí para pensar*». ¡Los principios del taylorismo ya están ahí!

La primera consecuencia es un debilísimo dinamismo económico, puesto que los mejores, los más dotados, desdeñaban la explotación de los recursos naturales, no por un sentido de reparto de los deberes y las funciones sociales, sino por desprecio a los trabajadores.

La segunda consecuencia: en un universo de escasez, las victorias de los fuertes son las de la rapiña, la razia, la confiscación, la nacionalización, cuyos residuos se reservarán, si es necesario, bajo la forma de distribuciones gratuitas, al proletariado murmurante.

La tercera consecuencia es la división social en clases, con un desprecio básico a la clase trabajadora, destinada en construcción política a instalarse en las puertas de la ciudad.

«*Todos los artesanos* —escribió Cicerón— *tienen un oficio despreciable, puesto que no puede haber nada apreciable en un taller*».

Tercer acto: Fue entonces cuando el llamado Hijo del Carpintero, quiso vivir treinta años en un taller de Nazaret.

En su escala de valores, la dignidad del trabajo y el desarrollo de los talentos se anteponen al dolor del trabajo y la escasez de las cosas.

Las consecuencias de este sentido cristiano del trabajo son considerables...

Desaparecen las castas. Y no hay diferencia de dignidad entre

Fundación Speiro

los que se ven obligados a trabajar por necesidad y los otros. Al contrario, el trabajo se convierte en el origen de las promociones más normales, las menos equívocas.

«*En esa época* —escribe Péguy— *un taller era un lugar de la tierra donde los hombres eran felices. Se consideraba el trabajo como una gran dignidad, la mejor de todas las dignidades, la más cristiana quizás. Ese amor al trabajo bien hecho, no por el salario, ni por el patrón, ni para que se supiera, sino por el deseo mismo de que estuviese bien hecho... Si no fuera así, se habría supuesto que no rendían tanto como podían. Sería como suponer de un soldado que no conseguiría la victoria...*".

En segundo lugar, si la templanza inspira la moderación en los apetitos personales, y puede llegar hasta la pobreza voluntaria, la caridad, quiere que se procure el mayor bien posible al prójimo, a los que dependen de nosotros, al huésped, al amigo y al pobre. La civilización cristiana encontró ahí una formidable reserva de imaginación, iniciativa, creación y progreso material y social, porque ha promovido el trabajo desinteresado realizado en beneficio del prójimo... Que se piense en el extraordinario capital de ordenación del territorio, de mejora de los medios y condiciones de trabajo, de edificios religiosos o sociales acumulados a través de los siglos, y no por una acumulación de intereses individuales, sino por el afán del interés común (P. Romagnan).

En ninguna parte, excepto en los países cristianos, encontraréis un capital, unas inversiones, unas reservas parecidas. Basta ver lo que ocurre en los países que no han tenido un largo pasado de cristianismo.

Hemos hablado de capital acumulado. El decir, del que la civilización cristiana iluminó con el verdadero sentido de la propiedad.

La propiedad es la cualidad de lo que cada uno posee como propio.

¿Y qué es lo que cada uno de nosotros posee como propio?

Son nuestras disposiciones físicas, nuestro carácter, nuestra memoria o nuestro buen sentido, nuestra Patria, familia, educación, idioma, cultura, hábitos, competencias, nombre y dignidad; nuestra autoridad y nuestro cargo.

Fundación Speiro

Esto es lo que nos es propio, nuestra propiedad, nuestros talentos.

Y se comprende rápidamente, que estos bienes constituyen nuestra personalidad misma. Son lo propio de las personas, y cada persona es *responsable*. Esta es una realidad mayor; la Antigüedad sólo la había entrevisto. Fuera del Cristianismo, la responsabilidad del grupo o el capricho de los dioses borran los contornos de las personas. Sólo hay salvación colectiva. El Cristianismo revela a los hombres la vocación personal de cada uno, lo que tiene de único, la sociedad cristiana se convierte en una sociedad de personas, y de personas responsables. La salvación no está en función del destino, de la sociedad, de la seguridad social, o del partido. «*Sólo nuestras obras nos acompañarán al otro mundo*»: nuestras obras, es decir, la utilidad que hayamos dado a nuestros talentos, que se pierden por mal uso. ¿Qué ocurre si descuido mi oficio; si soy infiel a la educación que he recibido, o si traiciono las habilidades que he adquirido? El castigo es ineludible, ninguna ley podrá hacer nada.

Por el contrario, esos mismos bienes se multiplican y acrecientan comunicándose, como gusta recordar Gustave Thibon.

Se multiplican de forma que desconciertan a los economistas, los estadistas, pero de la que tenemos una experiencia viva a través de todas nuestras relaciones humanas: cada uno recibe mucho más de lo que da. Los esposos lo saben en el interior de su matrimonio. Los padres saben lo que reciben de sus hijos, los que cuidan a los enfermos saben lo que reciben de los pacientes; muchos patronos saben lo que reciben de sus obreros. Los amigos lo saben en el fondo de sus relaciones. No podemos dar a los otros lo que no tenemos, explicar lo que no sabemos, ni tampoco recibir de los otros los tesoros que ni siquiera tienen en mente querer entregarnos.

«Toda la miseria humana está hecha de avaricia», escribe Isabel Rivière. La miseria de los cuerpos, del rechazo de entregar sus bienes. La miseria de las almas de la negación a dar su tiempo y su corazón ... Todas las esperanzas son un hambre no satisfecha.

Desde el pequeño que llora porque su madre está en la oficina cuando él vuelve de clase, hasta el anciano abuelo al que sus nietos nunca van a ver. Desde el trabajador emigrante cuyo jefe nunca habló

Fundación Speiro

con él, hasta el obrero en cadena que no ha sabido decir al suyo que su hijo está enfermo. Desde los desarraigados que no se «sienten en su casa» ni en la oficina, ni en sus casas, ni en los sindicatos formados por ellos. Hasta el obrero que jamás pudo enseñar a su hijo su máquina y su taller... Todos han sufrido la falta de comunicación. Cada uno tenía necesidad, para vivir, de lo que el otro había reservado para sí, de su tiempo, de su saber, de su atención, de sus talentos que se echaron a perder por no usarlos.

Aunque sean totalmente personales y privados, nuestros talentos heredados o adquiridos tienen un valor social, comunicativo. Enterrados, son nuestra condena. Son nuestros deberes.

En cuanto a los bienes materiales que poseemos son los soportes, las condiciones para ejercitar esos talentos. Eso ni siquiera se discute: esos bienes significan deberes. Me hacen deudor. El sentido cristiano de la propiedad viene indicado incluso en la tradición de los contables, que escriben que lo que se tiene, se debe.

Ni siquiera se habla de derecho: el derecho es el nombre de un bien que se sabe amenazado y que se rodea celosamente de barreras y defensas.

Todo el edificio político y social se ha construido sobre acumulaciones de deberes. Deberes del príncipe de asegurar la justicia y la paz. Deber del patrono de asegurar la asistencia y la seguridad, la casa y la comida, la dote y el bautismo... Todos los que poseen, deben; eso es todo. La civilización cristiana *es el régimen de la comunicación de bienes.*

La civilización cristiana da a los jefes sociales tal sentido de su responsabilidad y de sus obligaciones de justicia, que todos encuentran en ella el mejor remedio a la difícil aventura de la vida, ya que las diferencias entre los hombres son, ante todo, *jerarquías de deberes.* Las jerarquías son instituidas para comunicar los medios, la sabiduría, los poderes, los valores nuevos; un patrón, un jefe, es aquel con el cual se puede hacer lo que no se haría sin el. Las distintas comunidades comunican naturalmente los tesoros del pasado y los presentimientos del futuro: y cada persona echa raíces en las comunidades en las que toma partido de forma natural y donde recibe la casi totalidad de su vida moral, intelectual, espiritual...

Fundación Speiro

Todo el mundo reconoce que fue el cristianismo quien abolió la esclavitud. Pero no lo hizo al estilo de los tecnócratas o de los jacobinos, por medios jurídicos, por una ley, o por una declaración de derechos. Fue suscitando nuevas comunidades donde cada uno pueda alimentarse, desapareciendo así, la esclavitud por sí sola.

La parábola de los talentos describe las relaciones económicas y contables accesibles al mundo pagano de la época. Tiene por objeto entrever algo de la insondable sabiduría divina distribuyendo sus gracias. Pero sirvió también como reveladora de las realidades que todo hombre de buena voluntad puede constatar; la dignidad del trabajo, la persona humana con sus propiedades, sus talentos, sus deberes, sus jerarquías de deberes. Abrió el camino a las sociedades de personas y a la civilización de comunicación de bienes.

El principio, respecto al uso de las cosas, es la sobriedad en sí misma, la economía, que es una virtud y no se convierte en una técnica. Pero nada es suficientemente bueno para el prójimo, para aquel hacia quien tenemos algún deber social. Nada es demasiado bueno para los pobres y los débiles.

En política, el principio es el mismo. Lo que se tiene, se debe a las comunidades a las que se pertenece. Todo privilegio engendra un deber igual en tamaño e importancia; toda superioridad se traduce por un servicio del bien público.

Y estas dos caras de un mismo pensamiento son inseparables. No es posible considerarse consagrado al bien público si se vuelven hacia sus conveniencias los bienes que se poseen. Es imposible ejercer influencia sobre los otros si uno mismo no se somete a una disciplina estricta.

Estas son las realidades que ha revelado el cristianismo. Que más tarde serán analizadas y publicadas en las encíclicas, pero que fueron reconocidas y vividas mucho antes. No son realidades porque los papas las hayan promulgado, sino que por ser realidades naturales los papas las han promulgado. No implican deberes por el hecho de que la Iglesia haya propuesto la doctrina, sino que no se pueden descuidar, por ser deberes, sin perjuicio de que la Iglesia proponga la doctrina.

No se trata de un sistema, de una ideología, de un proyecto po-

Fundación Speiro

lítico, de una teoría social. En eso, como en todo, la religión no es ni un mero conjunto de dogmas, ni una filosofía, ni una teología, ni una doctrina social. Es el conjunto de las realidades creadas y no creadas. Tiene dogmas para aclarar, una filosofía para comprender, una doctrina para explicar. La Creación es, incluso, anterior a todo eso.

Esto no quiere decir que se haya establecido el paraíso sobre la tierra, ni el realismo católico jamás lo ha propuesto, pues no ignora que en todas las épocas ha habido fermentos de anarquía, de discordia, de egoismo, de desorden.

Pero también sabe que en ciertas condiciones esos fermentos no pueden triunfar duraderamente, y que otras condiciones políticas o sociales resultan incapaces para impedir subversiones de consecuencias incalculables.

Dijo Carlos Marx que siempre ha habido opresores y oprimidos, ricos y pobres, y que la lucha entre ellos explica la historia.

Estamos de acuerdo acerca de la afirmación, que Jesucristo había constatado antes de Carlos Marx: «*Siempre habrá pobres entre vosotros*».

Pero acerca de la explicación de la historia no podemos estar de acuerdo: es contraria a los hechos más evidentes, que las desigualdades económicas hayan estado siempre determinadas por el curso de la historia.

Ha habido épocas en que la opresión de los pobres no estaba en la ley. Incluso estaba fuertemente reprobada por la ley. Bossuet no solamente podía predicar ante los ricos y poderosos sobre «*la eminente dignidad de los pobres*», sino que todo un sistema de leyes y costumbres, de instituciones políticas y sociales, tendían a la protección de la viuda y el huérfano. El principal objeto de la ley era defender a los pequeños (1) contra la violencia de los fuertes, y ese era también el principal objeto de la acción política.

Una época donde toda propiedad material se ajustaba a unos deberes correspondientes, donde el maestro de un taller tenía múltiples deberes, no sólo hacia sus clientes, sino también hacia sus compa-

(1) Louis Blanc: *Proteger a los débiles fue una de las preocupaciones más caras al legislador cristiano.*

Fundación Speiro

ñeros, sus colegas, su corporación y su parroquia, donde el asalariado encontraba siempre un recurso.

Y, después, ha habido una época, que dura todavía en sus principios, en que la ley se convirtió en la expresión de la voluntad de los más fuertes, instrumento de defensa de los ricos, escudo de los poderosos contra los débiles, en que la legalidad reside en la defensa de las ventajas adquiridas, en que la única promoción social está en la riqueza, donde lo único absoluto es la propiedad de los bienes materiales, donde la única jerarquía es la de la hoja de impuestos, donde el único honor social es no deber nada a nadie. Esta corresponde al acto cuarto.

Cuarto acto: No se ha señalado suficientemente que el advenimiento político de los mitos de la Reforma, a la vez que destruía las jerarquías de deberes e imperaba exclusivamente el reino del provecho, tuvo como consecuencia la trastrocación de la filosofía del trabajo.

La querella de la fe y de las obras ha restaurado la filosofía pagana del trabajo, que es la clave de este cuarto acto.

Si las obras no tienen ninguna relación con la salvación, el trabajo, que es del dominio de los otros, no tiene valor eterno.

Sólo aparece el dolor inherente al trabajo. Se acaba por hacer creer al pueblo que el trabajo es el castigo del pecado.

De ahí resulta el desprecio filosófico del trabajo de los trabajadores manuales, la «canalla» de Voltaire. El trabajo se convierte en algo maldito y los trabajadores en los malditos de la tierra.

La antigua esclavitud mejoraba bajo las formas nuevas: no se venden los esclavos, pero se vende el trabajo como una mercancía. «*Eso* —dice Péguy— *se debe a que la burguesía se ha puesto a tratar al trabajo del hombre como valor de bolsa y a que el trabajador se ha puesto, también él, a tratar como un valor de bolsa su propio trabajo*».

El trabajo ya no es más que una servidumbre de la que hay que liberarse lo antes posible: «*Sólo existe libertad con tiempo libre*», dice Marx.

De ahí provienen las divisiones sociales entre los que trabajan y

Fundación Speiro

los que se aprovechan, y en una misma empresa, entre los que piensan y los que no están allí para pensar.

Taylor y Marx, hijos de la Reforma, son los testigos de una misma filosofía pesimista e inhumana del trabajo.

En cuanto a la propiedad, sólo se reconoce sobre las riquezas materiales. Es un derecho que ya no implica deberes. Mira completamente hacia su poseedor.

«*Hoy* —predica el Cardenal Pie— *ya no es el gusto por las grandes cosas lo que domina nuestra nación, antaño tan brillante. A un pueblo apartado desde hace trescientos años de la creencia y de la moral de la Iglesia le hemos dado deseo de lujo cómodo, esa búsqueda del confort y del bienestar, digamos la palabra, puesto que la hemos tomado de la cosa, ese confort que enerva los caracteres, que devora las fuerzas del alma y empequeñece las inteligencias... Y mientras con nuestros padres el esplendor y el fasto no era apenas más que para los ojos del visitante y del extraño, o para la satisfacción del huésped o del amigo, hoy, todos los perfeccionamientos del lujo convergen hacia nuestro propio ídolo, hacia nuestro destino íntimo y personal.*»

Quinto acto: En ese contexto nace el socialismo. Puede decirse que un socialista (un socialista que no haya frecuentado demasiado la praxis dialéctica de Marx, un socialista a lo Proudhon, a lo Jaurès quizás) es un descendiente de cristianos que ha visto desaparecer la civilización cristiana, que aprueba las ideas que han destruido esta civilización, pero que guarda en el corazón el recuerdo de sus benefactores y querría reconquistarlos.

Guarda la nostalgia de un trabajo que no sería una mercancía. De un trabajo que asentaría su dignidad. De un trabajo que sería fuente de promoción, de libertades, de poderes, de iniciativas, de participación, y que formaría la personalidad. De un trabajo que manifestaría más su utilidad social.

Como recuerdo de los tiempos cristianos, también entre los socialistas se manifiesta el deseo de no volverse a sentir «*solos entre la multitud*», de volver a actuar contra la desjerarquización social, contra el desarraigo operado por la revolución individualista, de reconstituir las solidaridades y los grupos sociales en los que los hom-

Fundación Speiro

bres ya no se abandonarían a sí mismos, sino protegidos por todo un conjunto de instituciones. Cuando el jefe industrial ignora al asalariado que emplea, desde el momento en que abandona la fábrica, el socialista siente nostalgia del señor o del patrón que se ocuparían de las funciones visibles de protección, asistencia y previsión.

El socialismo sueña con todo eso que son los frutos de la civilización cristiana.

Pero pone una condición, y esa condición le condena perpetuamente a ver rodar sus sueños como Sísifo veía rodar su roca, a ver perpetuamente rotos a los que intentan llevar el sueño demasiado lejos.

Esa condición, Proudhon la expresa así: «*Hay que suprimir todo lo que queda de divino en el gobierno de la sociedad y volver a construir el edificio sobre la idea humana de contrato*».

Lo que queda de divino, es simplemente ese conjunto de realidades sociales, universales, que son religiosas porque están por encima del poder de los hombres, porque escapan a su voluntad y convicciones, como las realidades físicas y biológicas.

Y el socialismo está en un callejón sin salida porque quiere los frutos y rechaza el árbol, quiere los efectos y rechaza la causa. Quiere los beneficios humanos de la civilización cristiana, pero rechaza lo que ha hecho la civilización cristiana.

Destaquemos de paso ahí un precioso argumento, un homenaje rendido al catolicismo por todos los socialismos, que sólo puede hacerse escuchar prometiendo a los hombres los bienes que ni siquiera imaginarían si el Cristianismo no los hubiese revelado.

Antes del Cristianismo nadie habría imaginado jamás el propósito de enriquecer el trabajo y de mejorar sus condiciones. Nadie habría hablado de asistencia, de seguridad y promoción. ¿Cómo puede esperar un socialista las consideraciones de su jefe de servicio? Esa palabra suena mal para el oído pagano. Un jefe se sirve de los otros. Pero el Cristianismo ha pasado por ahí: «Cuando presidáis, consideraos como los servidores... Vuestros talentos os son dados para el bien de los otros... Entonces se habla de servicios, y se es exigente respecto a un jefe de servicio. Pero hoy se ha suprimido todo lo que obliga a ese jefe a servir.

Fundación Speiro

Esa inconsecuencia del giro mental socialista se escucha en todas sus proposiciones.

En el plano material, pide el bienestar para todos, pero rechaza la iniciativa y la responsabilidad y todo lo que puede desarrollar los medios de bienestar. Entonces el gran medio es el racionamiento. El informe Mansholt es característico de esta actitud. Se raciona. Se racionan los nacimientos, o se racionan las horas de trabajo, o bien se raciona la producción, o bien se raciona la consumición. A eso se llama racionalizar, pero se limita a racionar.

En el plano moral, se querría la justicia, la buena gestión y la moralidad en todo. Pero se quiere una moral económica, una moral social sin razón moral. Entonces se inventan los controles, las jurisdicciones y los supercontroles. Es la magistratura económica y el control obrero.

Pero, ¿quién juzga a los jueces y controla a los controladores?

El socialismo profesa un optimismo teórico sobre la naturaleza humana. Espera todo de la virtud de los hombres y practica la desconfianza, la centralización, el control.

En el plano social, se querría la igualdad de oportunidades, pero a las jerarquías se les descartan deberes que habrían servido como las mejores escalas para la promoción de los humildes.

La sabiduría cristiana sabe que el bien social no puede ser atendido sólo por la virtud, que el deber necesita casi siempre el incentivo del interés, que la responsabilidad es la mejor escuela, y el control más seguro.

Su fórmula es: más cerca, cada vez más cerca de las realidades de las cosas y de los hombres. Aproximar siempre los lugares donde los hombres hablan y donde se oye incluso «*gritar a las piedras*».

La fórmula del socialismo es «*más lejos, siempre más lejos*». Que el poder esté siempre más lejos de los resultados para no asumir la responsabilidad, para no escuchar la voz de las cosas.

Se ha dicho que el socialismo tiende totalmente a la abolición de la propiedad, pues le quedan los suficientes recuerdos cristianos para saber que la propiedad es, en primer lugar, y ante todo, esos bienes, esos dones, esos talentos propios que sostienen las almas, las conciencias, las personalidades.

Fundación Speiro

Pero todo su esfuerzo tiende a hacer desaparecer esos bienes propios, esos caracteres personales.

Antes de colectivizar las tierras o las empresas, el socialismo pone su mira en la colectivización de las conciencias, de las almas y los pensamientos.

La conciencia colectiva es el objetivo de su acción cotidiana, de sus campañas, sus proyectos y sus leyes.

Las comunidades naturales, donde las personalidades echan raíces son el objeto de su hostilidad. Persigue todo lo que asegura las responsabilidades.

Antes de nacionalizar y de apurar las propiedades materiales, el socialismo se aplica en apurar las personalidades, en disipar al capital nacional, tanto como el patrimonio común de cada comunidad particular, las provincias, los oficios, las profesiones, los colegios, las familias ...

La civilización cristiana es la de la comunicación de bienes —espirituales y materiales—.

El socialismo es el régimen de la colectivización de los bienes, espirituales y materiales, es decir, de su agotamiento.

Ya los bienes espirituales se agotan por la colectivización de las conciencias. Y de ahí porque faltan las personalidades y se agotan incluso los bienes materiales. El capital común desaparece.

Los resultados se conocen: hoy se ve, se palpa, se sabe por experiencia lo que da el socialismo.

Sakharov escribe: «*Hasta ahora, el socialismo ha significado, en todas partes, la destrucción de las fuerzas productivas seguidas de su restauración al precio de esfuerzos desmesurados impuestos al pueblo*».

Se había prometido la abundancia, y es la miseria; a menudo, el hambre.

Se había prometido la participación, y nadie tiene ya el derecho de expresarse.

Se había prometido la liberación de las minorías, y son las minorías quienes aniquilan pueblos enteros.

Se había prometido la solidaridad, y en la sociedad que brota nadie tiene ya nada que decirse, nada que comunicarse.

Fundación Speiro

Se había prometido la fraternidad, y es el reino de la delación, de la desconfianza y del odio.

Se había prometido el triunfo de la honestidad, y es la corrupción; de la lealtad, y es el mercado negro; del desinterés, y todo se compra o se cambia; de la abnegación, y es el repliegue egoista generalizado; del sentido cívico, y es la deserción asustada.

Se había prometido el honor y el celo del trabajo desalienado, y en todas partes está el fraude, la indisciplina, el absentismo ... Hasta el punto que Brejnev invitó recientemente a los sindicatos a reforzar la disciplina del trabajo.

Es una de las promesas que han terminado al revés de lo propuesto, y, sobre todo, y especialmente, en esos campos de las relaciones entre los hombres donde según el sueño socialista debían deshacerse totalmente de los vicios del individualismo.

Y ahí donde el socialismo no tiene totalmente el mando, ¿qué ha hecho?

«*El problema del régimen más deseable en las empresas industriales es uno de los más importantes, quizás incluso el más importante, para el movimiento obrero. Es tanto más extraño que nunca se haya planteado. A mi juicio, no ha sido estudiado por los teóricos del movimiento socialista. Ni Marx, ni sus discípulos le han consagrado obra alguna, y en la de Proudhon sólo se encuentran indicaciones a este respecto ...*

»*El mismo movimiento obrero, ya se trate del sindicalismo o de las organizaciones obreras que precedieron a los sindicatos, tampoco tuvo la intención de tratar ampliamente los diferentes aspectos del problema.*» (Simone Weil).

¿Ha intentado, al menos, algo para aliviar la suerte de los trabajadores? El que, después de más de un siglo, pretende aliarse a la clase obrera y militar por su liberación, ¿qué ha hecho?

¿Cuáles son sus éxitos? ¿Cuáles sus reformas sociales? ¿Cómo ha mejorado las condiciones del trabajo? ¿Qué instituciones ha suscitado para la previsión o la asistencia de los menos favorecidos?

Me limitaré en este punto a citar el ejemplo francés.

Es revelador.

En 150 años de acción, de luchas, de participaciones muy a me-

Fundación Speiro

nudo mayoritarias en las asambleas políticas, de pilotaje de la mayoría de las organizaciones sindicales obreras, la corriente socialista ha obtenido: las vacaciones pagadas en 1936.

Además, su instauración había sido requerida, preparada y parcialmente realizada, en los años precedentes, por la iniciativa de los sindicatos cristianos.

¿Y, además?

¡Eso es todo!

Ojead la historia de las instituciones, la historia social, la historia del sindicalismo obrero, la historia del socialismo, no encontraréis ninguna otra reforma, ninguna otra conquista, ningún progreso social, ninguna mejora real. Entrad en una librería. Elegid el libro que os parezca más acreditado de la literatura socialista. Encontraréis docenas de obras socialistas evocando los fracasos, los callejones sin salida, las dudas de los teóricos. Pero pedid una historia de las conquistas sociales en beneficio de los trabajadores.

Veréis la inquietud del librero si es socialista. Su sonrisa irónica si no lo es.

Pero, entonces, ¿quién se ocupa de la aflicción de los trabajadores, de su soledad y su inseguridad de cara al individualismo materialista?

Pues bien, después de un siglo y medio, se ha realizado un inmenso remiendo. Se han promovido un montón de instituciones, se han votado leyes, se han producido mejoras para proteger a los asalariados en el trabajo, la enfermedad, la vejez y el paro; para ayudarles en sus problemas familiares, vivienda y aprendizaje.

Todas esas leyes, sin excepción, se deben a las iniciativas católicas.

Y también las obras de educación, de asistencia, las instituciones benéficas, de salud, de todo lo que hoy se llaman obras sociales. No hay una cuestión provocada por la miseria humana, que no haya encontrado cuidados, iniciativas y remedios.

Hay toda una tarea a la que se asocian grandes nombres: los Villenueve Bergemont, los Montalembert, los Armand de Melun, los Le Prevot, los Ozonam, los Falloux, Albert de Mun, el gran luchador que cubre casi medio siglo, y Lerolle, y Ramelle, y Gailhard Bancel, Duval Arnould, Le Cour Grandmaison, Xavier Vallat.

Fundación Speiro

Está el gran León Harmel y los Romanet. Y están esos millares de desconocidos, directivos y patronos, que, sin embargo, día a día han transformado las condiciones cotidianas de vida y de trabajo. Basta volver a ver «Los tiempos modernos» de Charlot, volver a leer «La condición obrera» de Simone Weil, para constatar el camino recorrido: casi ya no existen talleres que conozcan todavía las condiciones descritas por esos testigos de hace 40 años, y lo que hoy padecen, proviene, sobre todo, de la progresión de la mentalidad socialista por caminos externos a las empresas, la degradación de los colegios, la información, las centrales sindicales ...

Todos los progresos reales, por el contrario, provienen de los no socialistas.

Pero jamás se ha visto en ese orden una iniciativa socialista. Y es normal. Incluso donde las personalidades, nacidas en el socialismo, han tomado las iniciativas, han debido, sin embargo, apartarse de los principios socialistas que han sido rechazados por la corriente socialista. Un socialista como Hyacinte Dubreuil, que se dedicó a poner de manifiesto la dignidad y la riqueza del trabajo, es renegado por eso por los socialistas.

La iniciativa privada es la que asumen una o varias personas que, ante una necesidad para sí mismas o para otro, se cogen de la mano y realizan lo que hace falta para responder a ella.

El socialismo es fundamentalmente enemigo de ese género de iniciativas. Sólo concibe el recurso del Estado, única fuente de poder. Toda acción privada le irrita. Sus intervenciones tienden, por el contrario, a socializar, a estatalizar lo que las iniciativas privadas habían suscitado. El resultado siempre es negativo.

En 1891, León XIII publicó la encíclica *Rerum Novarum,* una especie de síntesis de la experiencia católica sobre la condición de los trabajadores.

Sería bueno releer ese texto.

Puede decirse que la mayoría de sus proposiciones sociales que anuncia se han realizado en nuestro país.

La acción del pensamiento cristiano no se para. Y se ven cada día hombres alejados de la profesión de fe católica, pero que no han

Fundación Speiro

perdido el sentido de lo justo y lo digno, que concurren a fin de construir ese patrimonio común de la humanidad.

¿Acaso la Iglesia no responde a la esperanza de los hombres en materia de trabajo?

¿Es inaplicable la doctrina política y social de la Iglesia?

Pero es aplicable ahí donde algo marcha, ahí donde algo vive. Se aplica por la fuerza de las cosas y bajo la presión de las realidades ahí donde los hechos hablan más fuerte que las rutinas ideológicas del socialismo. Hace progresos en todas partes. El taylorismo, ese refinamiento del materialismo, está hoy abandonado, por lo menos como filosofía del trabajo. Un poco en todas partes en las empresas, los hombres descubren bajo la presión de los hechos, ponen en marcha, empujados por la necesidad, lo que el empirismo católico habría sugerido. El famoso principio de subsidiaridad es reconocido por los hombres, que jamás han leído a Pío XII, como la regla elemental de una buena gestión. El sentido de la jerarquía, tan contraria al mito socialista, es reconocido como el resorte de la paz social. La defensa de la propiedad, como una necesidad vital.

Una técnica privilegiada de la propaganda socialista es la de la dramatización, consistente en no resaltar, sino tan sólo en los fracasos, las miserias, las víctimas de la situación presente, a fin de crear una situación dialéctica. La técnica socialista de dramatización, ¿nos debilitará hasta el punto de que nos convirtamos en incapaces de ver lo que estalla en todas partes: la vida misma? En todas partes donde vive algo, donde algo funciona en el plano humano, hagamos esta pregunta: ¿por qué vive eso, por qué funciona? Y en las cosas más humildes como en las más elevadas. ¿Por qué esa familia es una buena familia? ¿Por qué en ese taller los hombres aman su trabajo? ¿Por qué en ese otro se conoce la paz social? ¿Por qué reina el sentimiento de justicia? ¿Por qué las caras son agradables?

Y veremos que la respuesta nos conduce siempre al orden de las cosas y a ese conjunto de verdades que sólo han sido descubiertas, y comprendidas en el sendero del Cristianismo.

«*Hasta tal punto los hechos verifican* —señala Jean Ousset en su *Ecce Homo— que todo el orden humano está marcado en adelante, con el sello de ese hombre que se llama Cristo. Ya en tiempos de*

Fundación Speiro

Herodes, los enviados de Juan habían contado lo que habían visto: los cojos andan y los pobres son evangelizados». Hoy también, podemos decir lo que vemos: la tierra llena de las obras de misericordia fundadas sobre la línea de ese hombre, llena de las realizaciones en todos los órdenes que viven los hombres, los talleres, las familias y las naciones, incluso si ignoran su origen.

No obstante, conviene que se establezca por todas partes un régimen de relaciones sociales conforme a la naturaleza de los hombres y a las condiciones de su vida. Y lo que falta resulta de una reflexión en orden político.

Me explicaré citando un hecho reciente.

Un antiguo obrero, socialista militante, que había alcanzado en su carrera política la cartera de Ministro, viene un día a visitar una empresa.

Tras un rápido recibimiento, el patrono le propone entrar en los talleres donde se le concede todo el margen que quiera para dialogar con los obreros. Pasa la mañana informándose y preguntando a su gusto. La entrevista se prolonga hasta la comida en la que interroga ampliamente a algunos miembros de la dirección. Finalmente, el patrono le invita a su despacho y, ahí, le pide su opinión.

El visitante, que hasta entonces había conservado la expresión impasible del encuestador oficial, cambia de cara y se anima:

—Lo que he visto, señor, responde exactamente a nuestro ideal, He visto obreros felices. He visto realizado nuestro sueño socialista.

—Dicho de otro modo, si mañana estuviese encargado de dirigir una empresa, Vd. haría lo que hemos hecho nosotros.

—Exactamente.

—Pues bien, querido señor, siento decirle que Vd. no podría hacerlo.

—Y ¿por qué?

—Porque Vd. me ha dicho que es socialista, y por lo tanto no puede tolerar las desigualdades.

—Desde luego, pero no veo la relación.

—Es muy sencillo: nosotros partimos de una comprobación que es exactamente la contraria. La comprobación de que los hombres son diferentes, y que hay desigualdades entre ellos. Hay fuertes y débiles,

Fundación Speiro

más dotados e ineptos. Así, pues, partimos de esta comprobación. Elegimos los mejores, para hacerles jefes, y estos jefes tienen el deber de enseñar a los menos favorecidos a fin de que cada uno ocupe el lugar más adecuado, donde pueda dar lo mejor de sí mismo y, como consecuencia, en el que se sienta feliz.

Si no se quieren reconocer las desigualdades, si no se quiere reconocer que cada uno tiene talentos diferentes de los del vecino, entonces, nadie tiene nada que dar a los otros. Se fabrican los individualismos, los egoismos, los celos, las gentes descontentas de sí mismas y de los otros.

La única manera de librarse de eso es empujar a los mejores. Los que tienen a la vez la inquietud por el prójimo y algo que aportarle.

Este diálogo pone el acento sobre lo que nos queda por hacer para responder a la esperanza de los hombres: establecer en todas partes relaciones favorables a la comunicación de los dones y talentos entre los hombres que es el hecho de la civilización cristiana.

Para responder a los hombres, la reforma de las empresas de la que tanto se habla no ha de buscarse en las transformaciones económicas: se han probado todas, la cuestión no está ahí.

Ni siquiera en los reglamentos e intervenciones exteriores: no se haría más que acentuar el individualismo, el aislamiento, el repliegue sobre sí mismo.

La reforma de las empresas es una reforma política.

Una reforma política que es la misma que la reforma política de toda la sociedad.

Al término de la primera experiencia misionera en la fábrica, el abad Godin formuló esta observación: «*Se ha organizado el mundo como si cada hombre tuviese una personalidad lo bastante fuerte como para vivir aislado ... Se ha olvidado esta ley de la humanidad: las élites dirigen gracias a las instituciones de base*». En la vida de trabajo se olvidan los jefes que dirigen en el marco de sus funciones.

Los hombres esperan. Es una necesidad vital de su alma, esperan tener jefes que los escuchen, una autoridad que no sea mirada como extraña o enemiga, sino que pertenezca a los que dirigen.

Y la regla de esta política, es la que aprendimos en el «Office»:

Fundación Speiro

impulsad a los mejores, impulsad en todas partes a los mejores, los hombres de carácter conscientes de lo que está en juego, para que tengan algo que dar a los otros.

Esta regla se extiende a toda la vida del país, porque el mundo del trabajo es inseparable de las comunidades exteriores donde se forjan las personalidades, donde los hombres echan raíces y heredan sus talentos. En la medida en que estas comunidades son enemigas, o ni los dirigentes ni los dirigidos extraen sus riquezas, ya no tienen nada que comunicarse mutuamente.

Impulsad a los mejores, esa fue la política de San Vicente de Paul, y fue una gran política.

A menudo no se ha visto de San Vicente de Paul nada más que esas creaciones en favor de los pobres. Pero no se ha destacado suficientemente cuánto difieren esas creaciones de la mayoría de las obras sociales.

Lo importante en la política de San Vicente consiste en renovar los lazos entre las categorías sociales provocando esa comunicación de dones y talentos de que hemos hablado. No ha desarraigado a nadie. Ha movilizado a los mejores en todas las clases sociales, invocando los talentos, las competencias, los medios de cada uno para la realización de obras comunes.

Muchos otros han consagrado su vida a los pobres. Lo propio de San Vicente de Paul es menos en lo que ha hecho el mismo, que cuanto ha suscitado, animado y hecho hacer, los recursos humanos que ha movilizado. En su camino ya no hay privilegio que no engendre un deber igual.

No se ha limitado a aliviar a los débiles; lo ha hecho recordando sus deberes a aquellos de los cuales dependen. Sabía convocar a las competencias, los poderes de todos, incluso, a veces, los libertinos o los espíritus fuertes. Empezaba por atraerlos a hacer el bien, a dar de su persona y, de ordinario, seguía la conversión del corazón. Jamás se servía de la confianza de los grandes más que para inspirarles los comportamientos que debían tener. Supo hacerles distinguir el esfuerzo de la inteligencia deseosa de actuar bien y las vanas querellas por las que se busca el orgullo del espíritu. Supo evitarles los peligros donde les habrían atraído, sin duda, los debates religiosos tan

Fundación Speiro

apasionantes en tiempos de los Pascal o los Sacy, movilizando en todas las clases sociales la élite más extraordinaria que haya estado jamás al servicio del bien público.

Alrededor nuestro, no faltan hombres cuyos talentos, personalidad y poderes permanecen sin empleo.

El director de una gran empresa, nutrido en la lectura de Marx y Manod, salió de una huelga convencido de que la única solución era el socialismo.

Algunos meses después, no dudó en ir a testificar delante de otros patrones el entusiasmo y la satisfacción de su personal que había encontrado jefes dispuestos a cumplir su deber.

Había bastado mostrarle lo que ese personal esperaba de él, convocar los poderes, la autoridad de que disponía para responder.

Hechos parecidos se pueden renovar cotidianamente. La mies es abundante. Sólo faltan más obreros que sepan movilizar por todas partes lo mejor de cada uno, sus talentos.

Leed de nuevo la parábola: «Un hombre de alto nacimiento llama a sus servidores y les confía los talentos».

Pero los que le odiaban, precisa San Luis, enviaron delegados encargados de decir: «*No queremos que reine sobre nosotros*». Y siguiendo su consejo, muchos fueron a enterrar los talentos que habían recibido.

Ahora bien, nosotros queremos que EL reine.

Fundación Speiro